

# En un lugar del metro, qué curioso

Jesús Vicente García



Fotografía: Alejandro Arteaga

## I

En un lugar del metro Bellas Artes encontré a Basilio gritando consignas en contra del alza al aumento de la tarifa del boleto: “No paguen, pasajeros. Si hubo encuestas fantasma, que haya usuarios ídem”. Un cartel señalaba lo que cuesta un kilo de tortilla, uno de bistec, un litro de leche, uno de agua, que no alcanza para que alguien con el salario mínimo pueda consumir todo eso, y le agregé los dos pesos de más del aumento al precio del boleto. De usuario se convirtió en activista. Es cierto que me enviaba información en el *féis* acerca de ello, aunque confieso que jamás lo imaginé haciéndolo. Basilio, para mí, hasta ese momento, era un tipo conservador y no politizado, no así, en activo.

El caso es que en el metro platicamos unos minutos y se fue con un grupo de jóvenes hacia otra estación en pro de la resistencia al aumento. Pertenecen al famoso *#PosMeSalto*, en ese brinco masivo de torniquetes. Formó parte de las once protestas bien articuladas (e itinerantes) en un solo día para que no pagasen los usuarios. Curioso el joven. Me dejó con el ojo cuadrado. Bastó un mes para ese cambio radical. Después de platicar poco, se fue con unos chavos greñudos, medio barbones, activistas igual que él. Una joven caderona, morena, de cabello al hombro, negro, ondulado, playerita escotada, negra, con la imagen de Edgar Allan Poe al pecho, medias oscuras agujereadas y sus Converse negras con agujetas naranja, lo jaló y se lo llevó entre ese mar de gente. Se me hizo conocida. Seguro que la he visto en otro momento;



tiene todo el tipo de universitaria que si bien no es del todo de izquierda, es reventada, anda en esas cosas de la nutrición, la defensa de los animales, del medio ambiente, de las causas casi perdidas y seguro hasta ha de leer a Olivé, Canclini, Kerouac y Burroughs.

## II

En una visita a Parque Delta, encontré a Vera, la mamá de Basilio, y me dijo preocupada que lo notaba distinto. Que luego falta en la noche, previa llamada,





(Fotografía: Serge Attal / Time Life Pictures / Getty Images)

por estar con una tal Mayú, que lee diarios y revistas de izquierda, que se la amanece en casa en el *féis*, que escucha música salsera, también de protesta, que va a dar clase en mezclilla, cuando antes iba con sus sacos limpios; ahora nomás se pone uno color castor que ya tiene hasta manchas de tacos del metro Portales y a veces huele a cerveza entre semana. ¿Cómo sabe que son de Portales?

—Además, creo que ya no es su novia Briseida, una mujer bien linda —casi llora Vera—. Y anda en contra de las reformas habidas y por haber.

—Es un joven que está cambiando, Vera. Mírame, yo iba a las marchas del 88 a favor de Cárdenas y a los tocadas contra la represión del 89-90, puro rock y punk y... —freno mi carro—. Basilio está bien, sólo está abriendo los ojos hacia otros horizontes, eso es todo.

En una videollamada en el *féis*, Basilio me confirmó las sospechas de Vera: rompió con Briseida:

—No me vuelvo a enamorar.

—Cálmate, Juanga.

Lo curioso de esta historia es que hasta hace un mes yo vi a Basilio con Briseida, la mujer que abusó de mi ignorancia acerca de los clásicos durante una comida en una fonda del centro histórico. “Mujeres sí, amor no. No invertir corazón, sí deseo”, escribió en el estado de su *féis*.

No volverse a enamorar tampoco indicaba que sería un tipo dado a la parranda y a la depresión. Me lo dijo así: entendí que Briseida no era para mí ni yo para ella, así que cortamos y ya. Ahora se siente más libre. Me dijo que yo conocí a Mayú, pero como estaba borra-

cho no me acordaba. Fue en el Salón Corona cuando no sabía si Briseida estaba o no embarazada. Mayú fue la chava que me pidió que le hiciera su calaverita y después encontró un libro de cuentos mío con el tema del metro. Eso fue un halago. La recuerdo, pero yo la vi más delgada aquella ocasión. Y los demás chavos ahora forman parte del *#PosMeSalto*. Esa ocasión, les pidió sus nombres feisbuqueros, “me gustó su discurso”.

—Oye, pero esa chava me echó a mí las altas.

—Como haya sido, ahora yo soy el mero mero, así que ni te apuntes.

### III

No sé para qué me invitó, pero fui. Sábado. Estación Lázaro Cárdenas, dirección Pantitlán. Vimos dos ciegos cambiarse de vagón con una canción de los Ángeles Azules que retiemblan en sus centros la tierra con el volumen que reverbera en los pasillos. Algunos vendedores de chicles jugaban con su celular y entre ellos se albureaban, pero son malos para eso. Al principio del andén, en las escaleras que cambian de dirección, tienen su centro de operaciones los vagoneros. Había dicho el director del metro que los correría. Se rió Basilio. Ya parece, mi Flaco, esto es puro pinche bisne. Claro, me vi ingenuo, y aunque esto lo sé desde antes que Basilio naciera, me doy cuenta que esta generación, la de Basilio y otras recientes, buscan ese cambio en su vida cotidiana al menos aquí.

—¿Qué esperamos? —apenas terminé de preguntar cuando vi bajar a la misma joven de negro, ahora vestida con pantalón de mezclilla ajustado, converse negro y una chamarra café pegadita, morral beige a la espalda. Sí, las mismas caderas. Vale la pena ser activista, pensé. Nos presentó. Me saludó como si tuviésemos al menos tres borracheras en nuestro historial. Llevaba en la mano un libro de Chéjov, *Tío Vania*. Nos subimos al metro. Mayú sacó volantes de su morral, los repartió. Basilio arengó en contra del alza al boleto del metro. Un bocinero como de mi estatura y gordo subió detrás con una música horrible de banda y grupera. Basilio, con su uno ochenta, playera de Tin Tan ajustada y unos pasos de Frankenstein, se le acercó. Aquel era un pigmeo a su lado. El vagonero apagó su música. Se saludaron con ese arrastre de palmas y el choque de puños al final. Mayú, en tanto, le habló al público: “No nos dejemos, señores”.

En la estación Puebla, él la abrazó de la cintura y ella le rodeó a él la suya y le dio una nalgada, muy libres, se sonrieron, lo vio con ternura y rebeldía, algo que no podría explicar. Caminamos por esas calles con números, en la colonia Puebla, y llegamos a un lugar de tacos de carnitas. Pedimos y comimos. La plática se centró en la política actual. A los veinticuatro años de Mayú, me sorprendió su discurso coherente, lenguaje nutrido, sintaxis fluida, alternada con experiencias

de la vida cotidiana y propias. Su forma de comer tacos indicaba que amaba la vida, a pesar de estar en contra de medio mundo institucional. Pidieron cervezas, yo refresco. Todo lo que decía Mayú lo apoyaba el grandote Basilio. De Mayú no sólo atraen sus caderas, sino su inteligencia, la expresión de sus ojos y el tono moreno de su piel. Su risa franca. Y, claro, su comentario a favor de uno de mis libros de cuentos. Fue todo un halago. Estudiante de Ciencias Políticas en la UNAM. Hija de ex trabajador del Ruta 100, creció entre marchas y consignas, lenguaje politizado y revistas de izquierda. Gusto por el ejercicio, porque desde niña iba a la deportiva. Bailadora de salsa, rumba y anexas. Gran lectora desde pequeña. Ahora sí Basilio iba a saber qué es la vida y para qué ha nacido; es su antítesis.

Pero lo que interesa de esta historia es que por el cuarto taco comenzaron a planear la forma en que protestarían en los siguientes días contra el alza al transporte. Mayú habló de su conexión con jóvenes de otras universidades, con activistas extranjeros, unos de Brasil, de algunos sindicatos y hasta de la CNTE. Esa información para mí era sorprendente; un periodista habría envidiado esos tacos. Me invitaron a un *reve* donde verían a otros activistas. No fui, pero Mayú me dio su nombre del *féis* y su cel. Con todo, no entendía para qué me había invitado Basilio a ese encuentro.

### IV

—No lo puedo creer —me dijo Malena cuando le platiqué todo.

—¿Lo de las caderas de Mayú?

—Noooo, que Basilio anduviera en esas cosas. Hazte el chistoso. ¿Y dónde la conoció?

—En el metro, en un transbordo. No es cierto, en una cantina, pero es casi lo mismo, ahí encuentras lo inesperado.

—¿Basilio en una cantina? De seguro contigo.

Nos miramos con la curiosidad de dos adolescentes que indagan por vez primera otro cuerpo. Era sábado y decidimos ir al teatro, lo necesitábamos; era mucha realidad para asimilarla. Pero un mensaje desesperado de Mayú trueca el rumbo, ahora vamos a la delegación. ■■